



El nacimiento del Hijo de Dios.

LA NAVIDAD.

EN LA EDAD MEDIA.—EN NUESTROS DIAS.

Apesar de los disgustos de la vida, la religión ha encontrado el medio de perpetuar de raza en raza, de edad

SEGUNDA SERIE.—1860.

en edad, algunos momentos de solaz y de contento á millones de seres desgraciados. Cuando por los rigores del invierno la tierra se despoja de su adorno y los árboles de sus verdes hojas, las familias reunidas en torno del hogar doméstico, celebran la fiesta del Nacimiento de Jesús, que viene á regocijar las almas de los cristianos. ¡Noche grande de salvación y de milagro que los profetas habían anunciado desde largo tiempo! ¡Noche celeste en que la estrella,

AÑO XVIII. 34.

feliz mensajero, conduce á los reyes y á los pastores ante la cuna de un Dios Redentor!

Para celebrarla se entregan los católicos al júbilo y á la alegría, lo mismo en las populosas ciudades que en las pequeñas aldeas, donde encienden hogueras, y los jóvenes cantan himnos pastoriles; y los niños tocan rústicos instrumentos, admirándose de verse levantados á hora tan avanzada de la noche, y en medio de la oscuridad de ella, guardando por mucho tiempo en su infantil memoria el recuerdo de esta fiesta, y deseando la vuelta de su aniversario.

La mas hermosa fiesta católica debía ser tambien la mas hermosa de las fiestas de familia; y este fausto suceso se ha celebrado, si bien de distintas maneras, en todas las épocas y en todas las edades.

El año 4004 de la creacion del mundo, poco mas de mil años despues de la fundacion del templo de Jerusalem, cuando hacia 754 que se habian levantado los muros de la soberbia Roma; veinte y nueve años despues de la batalla de Accio, Jesucristo, Hijo de Dios en la eternidad, hijo de Abraham y de David en el tiempo, nació de una Virgen. Las grandes contiendas que agitaron el mundo habian cesado. Doce años hacia que disfrutaba el universo de una paz general. La monarquía romana, la última de las cuatro grandes monarquías que, segun el profeta Daniel, debian sucederse antes del nacimiento del Mesías, se hallaba sólidamente cimentada sobre las ruinas de la república. Octavio Augusto era el árbitro absoluto de los romanos, de Roma y del universo; Herodes era el Tetrarca de Galilea, y habiendo cesado el estruendo de las armas, daba lugar á que se oyese la voz de Jesucristo, voz que debía resonar en el desierto y en las alturas del Gólgota!

Augusto manda que todos los súbditos del imperio se empadronen en los sitios que se les indican, con arreglo á sus provincias, sus ciudades y familias: era un encabezamiento general, con el objeto de saber las fuerzas y riquezas de cada provincia. El procónsul Quirico recibe el cargo de formar la estadística de Siria y Palestina. Los descendientes de David son citados para inscribirse en el padron general de Belen, pequeña poblacion de la tribu de Judá, á dos leguas de Jerusalem. Quería Dios manifestar al universo entero, que Jesucristo era de la casa de David y de la tribu de Judá, como lo habian anunciado anticipadamente todas las profecías.

José y María obedecen, como toda la tierra, las órdenes de Augusto. Salen de Nazareth, donde se hallaban establecidos y marchan á Belen. María tocaba en el término de su embarazo. Belen, pequeño pueblo se hallaba lleno de gente... La Virgen María y su esposo, no hallando donde hospedarse, y fatigados por el penoso viage, se retiran á un sitio abierto á todos, á un portal abandonado, que servia de establo á una mula y un buey.

En aquel humilde sitio sorprende el momento del parto á la Madre de Dios, que si bien da á luz á su divino Hijo, sin sufrir los dolores que pasan otras madres, no tiene en cambio una miserable cuna en que mecerlo, ni unos toscos pañales con que abrigarle. Asi se justifican las palabras que pronunció despues Jesucristo: «El Hijo del Hombre no tiene un sitio suyo, ni un asilo á donde apoyar su cabeza.» Empero dos grandes milagros anuncian el nacimiento del Hijo de Dios. Tres reyes magos se ponen en marcha desde los países de Oriente, y van á prosternarse ante la cuna de un

niño y á rodearle de perfumes y homenajes. Un ángel que se aparece á unos pastores ocupados en opacentar sus ganados, les anuncia que en la ciudad de David ha nacido un Salvador, que es Cristo, y que este Cristo es un infante envuelto en paja miserablemente, y tendido en un pesebre. Asi los pastores y los reyes magos, los primeros y los últimos de la tierra, son convocados en un establo para glorificar al Hijo de Dios, al Rey de los reyes, á aquel por cuyo nacimiento los ángeles habian anunciado á la tierra, *gloria en las alturas, paz á los hombres.*

Este es el grande misterio que celebra la Iglesia y las naciones; la Iglesia, preparándose antes por medio del Adviento, que son las cuatro semanas que preceden á este gran día, consagrado á celebrar el misterio de Belen; institucion que sube á los primitivos tiempos del cristianismo y aun al tiempo de los Apóstoles; tiempo consagrado en los primeros siglos á la mas severa penitencia, y en que la Iglesia ordena penitencias á los fieles, pero que con el transcurso del tiempo, la Iglesia misma lo ha ido modificando y reduciendo á un simple día de ayuno.

La Navidad se celebraba en la edad media como se celebra hoy, pero con la diferencia que naturalmente han introducido las costumbres tan diversas de estas épocas. Entonce los señores y todos los vasallos se adornaban de sus mas ricos vestidos, iban á la habitacion del señor principal ó gefe, y allí con toda clase de instrumentos se ocupaban en bailar y cantar, desde las nueve hasta la media noche, durante los cuatro domingos que preceden á la fiesta de la Navidad. En este día iban al parque, donde se hallaban encerrados los animales que se habian secuestrado á los vasallos por haber hecho algun daño en los dominios señoriales; y el preboste y el senescal, despues de haber hecho la señal de la cruz, y haber dicho tres veces en alta é inteligible voz: *pax, pax sit inter vos*, hacia devolver á sus dueños los animales detenidos, indultando á los amos de los daños causados á su señor.

Apenas se habia estinguido la luz del día, los habitantes del pais apagaban cuidadosamente sus hogares, é iban á encender una tea en la lámpara que ardia en la iglesia en honor de la Madre de Jesus. Un sacerdote bendecia estas teas ó ramas de árboles preparadas con resina, y los habitantes marchaban gozosos á través de los campos agitando estas antorchas, cuyo fuego bendito y regenerado debía servir para encender la apagada chimenea de su hogar. El resto de esta tea se conservaba cuidadosamente de un año para otro. El padre de familia acompañado de sus hijos y criados, iban al sitio donde la habian guardado el año anterior, y trayendo solemnemente aquellos tizones, el abuelo, ó el mas anciano de la familia, los colocaba en el hogar, todos se hincaban de rodillas y recitaban el *Padre nuestro*, mientras que dos criados traian pausadamente un nuevo tronco. 1.º..... 2.º..... 3.º..... 20 ó 30, lo que significaba que el padre de la familia habia ya presigido una vez, dos, tres, cuatro..... veinte ó treinta, semejante solemnidad. El tronco que se buscaba para quemar la noche de Navidad, era siempre el mas grande que se podia encontrar.

A las doce de la noche todos los juegos y placeres cesaban. Al primer sonido de la campana los fieles marchaban á la iglesia con antorchas en la mano, cuya vacilante luz interrumpian solo las tinieblas de la noche. El sacerdote, an-

tes de cantar el Prefacio tomaba un pequeño plato, en que habia un pedazo de pan y una botella de vino, y lo presentaba al señor, quien despues de haber bebido y comido, devolvía el plato y la botella al sacerdote, y este, colocándole sobre el altar, continuaba el sacrificio. Concluida la misa todos los asistentes se retiraban, entonaban cánticos é himnos pastoriles y se volvian á sus casas á calentarse al calor del tronco de Navidad, y á hacer la colacion, que no era sino una suntuosa cena, en que se reunian toda la familia y todos los amigos.

Desde el siglo V habia tres misas destinadas para la noche y día de Navidad; estas tres misas se tenian en Roma en tres estaciones, que se hallaban indicadas por el Papa San Gregorio para el servicio divino. La primera era en la iglesia de Santa María por la noche. En esta iglesia hemos visto nosotros cómo se conserva con el mas religioso respeto el pesebre mismo donde fué depositado el Salvador del mundo; solo la noche solemne de la Navidad se descubre esta reliquia tan preciosa para el cristianismo; el resto del año permanece cuidadosamente cerrada, y en su lugar solo se ve una magnífica escultura debida al cincel de Bernini, escultura que es la admiracion de los estrangeros, y que nosotros hemos muchas veces contemplado. La segunda misa se celebra al rayar la aurora en la iglesia de Santa Anastasia, cuya memoria es honrada tambien en este día, y la tercera se celebra en la suntuosa iglesia de San Pedro á la hora ordinaria de las grandes festividades. La primera de estas tres misas tenia por objeto honrar particularmente el momento del nacimiento del Salvador, en la segunda se celebraba el anuncio del ángel á los pastores, y la tercera era en celebracion de este misterio tan grande, en que Dios se hizo hombre para salvar al género humano.

En nuestros tiempos apesar de haberse perdido las costumbres patriarcales, todavia las fiestas de Navidad conservan el colorido y sentimiento de los primitivos.

El pueblo se entrega á todo género de diversiones; hay una tregua para los sinsabores de la vida, y jóvenes y niños recorren las calles con instrumentos rústicos y pastoriles, entonando cantares en loor de tan sagrado misterio. Si se ha perdido la costumbre de quemar en el hogar doméstico el tronco de Navidad, subsiste aun la de reunirse las familias y los amigos á celebrar la colacion. Es tambien la época del año en que los parientes y los amigos se dán recíprocas muestras de afecto, cambiando presentes, que en un principio eran solo de cosas de comer, pero que el lujo, que ha invadido todas las cosas del siglo, ha convertido ya en objetos de mas valor.

Se siguen celebrando las tres misas; empero la mas concurrida por la parte del pueblo que mas conserva las tradiciones antiguas, por la clase menos acomodada, y en que menos mella hacen las costumbres del siglo, es la misa de la media noche, llamada misa del gallo; misa que por la hora y la clase de gentes que constituyen en su mayoría la concurrencia, así como por la demasiada alegría de que se halla animada por la festividad de la noche, ha sido suspendida algunas veces por las frecuentes irreverencias que se cometen en los templos, siendo doloroso el ver unidas á tradicion tan cristiana, cuando se celebra por la Iglesia uno de los mas grandes misterios de nuestra augusta religion, costumbres que se resienten de los tiempos del paganismo.

En lo antiguo habia tambien en Roma un episodio característico de esta solemnidad enteramente particular.

Antes de comenzar el oficio de Navidad durante la noche que precede á esta festividad, bendecia el Papa una espada con puño de oro, enriquecido de brillante pedrería, figurando una paloma, con la vaina y el tahalí adornados de lo mismo, y un sombrero ducal de seda morada, forrado de armiño y guarnecido en forma de corona de un cordon de oro cargado de alhajas. Este sombrero se colocaba sobre la punta de la espada.

Terminada la ceremonia, enviaba el estoque y el sombrero al soberano que mas queria distinguir de la cristiandad, ó á algun gran general que hubiese combatido con gloria á los enemigos de la fé.

Los papas han enviado muchas veces el estoque y el sombrero á los reyes de España.

Tambien han obtenido este honor algunos generales españoles, como Gonzalo de Córdoba, llamado el Gran Capitán, el gran duque de Alba, el terrible gobernador de los Países Bajos, y don Juan de Austria, el vencedor de Lepanto, y otros.

El uso de esta ceremonia trae su origen de este pasaje del libro de los Macabeos:

«Recibe, Judas, esta santa espada que te da Dios para destruir los enemigos de Israel.»

Tenia además una significacion enteramente política, porque si la espada era el emblema del poder temporal de los Papas, el sombrero ducal era el signo de la independencia de este poder. La paloma del puño del estoque denotaba que el Espíritu Santo debe presidir á las guerras emprendidas por interés de la religion.

Cuando el príncipe á quien se destinaban estos regalos se hallaba en Roma debia recibirlos del Santo Padre en persona, besándole la mano y el pie derecho. El Papa vestido de los ornamentos pontificales, recitaba la quinta leccion del Oficio Divino, y el príncipe ó general blandia tres veces su espada. La nobleza de la corte de Roma le acompañaba á su casa con gran pompa, precediéndole un rey de armas, llevando la espada y en su punta colocado el sombrero.

Esta distincion era muy envidiada de todos los reyes de la cristiandad y cuando se concedia á particulares era porque sus grandes hechos les habian conquistado ya un alto renombre entre sus conciudadanos, y un distinguido lugar en la historia del mundo.

EL CONDE DE FABRAQUER.

ESTUDIOS SOBRE LA INDIA INGLESA.

EL CAPITAN FITZMOOR,

Ó LA REBELION DE LOS GIPAYOS.

(Conclusion).

VII.

LLEGADA Y DESPEDIDA.

No hay muchos hombres que tengan suficiente fuerza para luchar contra la curiosidad de una muger, sobre todo,

cuando esta curiosidad proviene de un sentimiento real de interés y de afecto.

Al cabo de un cuarto de hora de conversacion Vilhelmina habia traído á punto al capitan de que le contase toda su historia. Esta historia muy sencilla era la de muchos otros oficiales.

El padre de Fitzmoor, rico negociante de Aberdeen, habia muerto de pesar despues de haber perdido toda su fortuna en la quiebra de la famosa casa Valquer y compañía de Calcuta. Un amigo de la familia habia conseguido para Williams Fitzmoor, un empleo de abanderado en el 9.º regimiento de cipayos. En el ejército de la Compañía los ascensos no se dan sino por antigüedad y en el mismo regimiento. Solo hace algunos años que se han dado algunos despachos particulares en recompensa de acciones brillantes. En 1806 no existían todavía esos despachos y Fitzmoor, que acababa hacia algunos meses de ser nombrado capitan, tenia que aguardar por consecuencia muchísimo tiempo para llegar al grado de mayor. Verdad es que algunos oficiales obtenían empleos civiles y comisiones continuando en la escala para los ascensos del cuerpo, y que estos empleos estaban amplísima y generosamente retribuidos; empero Fitzmoor no tenia proteccion alguna.

Lamentábase con tristeza, pero sin amargura, de verse obligado á permanecer en aquella limitada esfera sin serle posible hacer nada para modificar su porvenir.

—¿Con que sois ambicioso? le pregunta miss Mac-Slane.

—¡Oh! ¡sí! exclamó. Ahora mas que nunca. Desgraciadamente nada puedo esperar.

—¿Quién sabe lo que nos reserva la Providencia? dijo la jóven. Algun día os veremos general.

—Será demasiado tarde, respondió como involuntariamente.

—¿Por qué demasiado tarde? preguntó miss Mac-Slane, poniéndose ruborizada, y pesarosa ya de su indiscreta pregunta.

Fitzmoor, clavó en ella los ojos, y evidentemente estuvo á punto de responderle la verdad, pero se contuvo. Bajó los ojos, y dió una respuesta evasiva. Despues dejó caer la cabeza sobre el pecho y marchó silenciosamente al lado de la jóven.

Esta á su vez se puso pensativa.

Mientras preguntaba al estado de su corazon no sin echar á hurtadillas, algunas miradas sobre su taciturno compañero de viage, tres ginetes aparecieron en el cámino escoltando á dos amazonas. Aquellos ginetes llevaban el uniforme de oficiales de la tropa real. Venían de Bellora. Una de las amazonas divisió á miss Mac-Slane y puso el caballo á la carrera agitando alegremente su pañuelo.

—¿Mi tia? exclamó Vilhelmina.

Por un movimiento instintivo echó los ojos sobre Fitzmoor.

Tenia el aire tan triste y tan abatido que la jóven se conmovió.

—¿Qué triste estais! le dijo con su mas dulce voz, Desechad esos tristes pensamientos que pasan por vuestra cabeza. Venga la mano y dejadme daros todavía gracias por vuestra decision y por vuestros cuidados que no olvidaré jamás ¿lo entendeis bien? jamás.

Recalcó fuertemente esta palabra que su mirada y un apretón de mano subrayaron todavía.

Despues, ruborizada de su emocion y de las lágrimas que acababan de brillar en sus ojos, aflojó la brida al caballo que partió al galope. El capitan la siguió con el corazon oprimido todavía con la idea de su próxima separacion, pero lleno de emocion y de gratitud por las palabras de la encantadora jóven. Esta le presentó á su tia, mistriss Edith Cavendich, así como á su tio mayor del regimiento núm. 3. del ejército real, de guarnicion entonces en Bellora.

Apresuróse á contar á sus parientes todas las obligaciones que tenia con el capitan. Hizo un grande elogio de su vigilancia y de su valor durante el combate. El señor y la señora de Cavendich, dieron gracias vivamente al capitan. El mayor añadió que habia con frecuencia oido hablar de Fitzmoor de la manera mas lisonjera y que se hallaba doblemente satisfecho en hacer su conocimiento.

—Espero, continuó, que tendremos el placer de veros ahora algunas veces, porque vuestro regimiento va á venir de guarnicion á Bellora. El general que estaba aquí ayer, nos lo ha anunciado.

Los ojos del capitan y los de miss Mac-Slane se encontraron.

—¡Qué felicidad! exclamó la jóven. Así podré permanecer á vuestro lado, mi buena tia, sin estar separada de mi padre.

—Yo sé de otra persona que no sentirá este cambio de guarnicion, dijo mistriss Cavendich mirando á su sobrina.

—¿Quién? Dijo Vilhelmina pensando en el capitan.

—Lo has adivinado, respondió su tia riéndose, porque te has puesto colorada. Quiero hablar de un buen mozo teniente del 9.º regimiento, que está muy enamorado de tí, y que no lo oculta.

—¿Thompson? Pues bien, os aseguro que ni me acordaba de él.

—¿Pues en quién pensabas entonces?

Cogida de improviso por esta pregunta, Vilhelmina se echó á reir y se puso mas colorada todavía. Al levantar los ojos que habia bajado tal vez para que no pudiese leerse en ellos su pensamiento, encontró la mirada del capitan clavada sobre ella. Tenia aquella mirada una expresion tal de tristeza que adivinó Vilhelmina que Fitzmoor habia oido las palabras de mistriss Cavendich é interpretado probablemente como ella el rubor de la jóven. Arrastrada por la espontaneidad de impresion que formaba el fondo de su carácter, estuvo á punto de responder por un signo negativo de cabeza al pensamiento que leia en el rostro de Fitzmoor, se contuvo á tiempo pero se puso todavía mas encendida.

En aquel momento se acercó Cavendich al capitan con el que se puso á hablar del general Ckadoc que acababa de pasar tres dias inspeccionando la guarnicion de Bellora.

—Ha publicado una orden del dia que ha puesto furiosos á los cipayos, dijo el mayor.

—¿Con qué motivo?

—No lo adivinareis jamás. Se trata simplemente de una medida de policia. El general manda á los cipayos que se afeiten la barba y se corten el bigote, y que lleven un turbante en otra forma que el que ahora usan. Suprime los pendientes y los collares. Todos estos maricones están desesperados. Ayer nos decia gravemente uno de sus prohombres, que esta medida era capaz de causar una rebelion.

—Tendría que ver una rebelion por mandar afeitarse

las barbas! dijo uno de los oficiales soltando una carejada, —Tal vez tiene razon, dijo Fitzmoor. En el 22 indígena que ahora teneis aquí de guarnicion, lo mismo que en mi regimiento, hay muchos mahratas y rajpoots. Estos sobre todo son muy orgullosos y muy susceptibles por esta clase de cosas. Si algun fakir llega á persuadirles de que esta medida ataca á su religion son capaces de todo.

—¡Bah! respondió el mayor; por estúpidos que sean no llegará su necesidad hasta el punto de hacerse matar por un bigote mas ó menos.

Fitzmoor, nada respondió, pero no pareció convencido de la oportunidad de la medida tomada por el general Ckadoc.

Al cabo de algunos minutos de conversacion el señor y la señora de Cavendich y sus amigos se despidieron del capitán y tomaron la delantera. Lleváronse consigo á Vilhelmina, que volvió otra vez á estrechar la mano de Fitzmoor.

A pesar del placer de hallarse con su familia se sintió sumamente triste al separarse del bizarro oficial que tantas pruebas de amor y decision le habia dado: hubiera querido decir á Fitzmoor algunas palabras de despedida y afectuosa gratitud á fin de reanimar su valor, pero se lo impidió la presencia de su tia.

En el momento de doblar un recodo del bosque que iba á ocultarla completamente á la vista del capitán, se volvió sobre su silla y agitó su pañuelo en señal de despedida. Antes de volver á tomar su posicion tuvo tiempo de ver á Fitzmoor saludarla á su vez levantando su espada al aire.

Un instante despues los dos se habian perdido de vista.

VIII.

UN BAILE EN BELLORA.

Bellora es una de las ciudades mas pintorescas de la India; sus casas de construccion morisca, sus ennegrecidos baluartes, los enormes fosos que rodean sus aspilleros muros, y en los que juguetean centenares de caimanes, todo se reune para darla un extraño aspecto. Es una posicion militar muy importante, porque domina los principales desfiladeros de los *Ghattes* Orientales. Los hijos de *Tippoo-Sahib*, habitaban entonces el fuerte de Bellora, en el que la Compañía los retenia prisioneros desde la muerte del célebre sultan de Mysora.

La guarnicion encargada de custodiarlos y defender la ciudad, se componia de dos regimientos de cipayos y de un regimiento de infantería real.

El 9.º regimiento al que pertenecia Fitzmoor no tardó en llegar como lo habia anunciado el mayor Cavendich. El teniente coronel Mac-Slane no pudo acompañar á sus soldados. Le habian destinado momentáneamente á mandar otro regimiento en el que todos los oficiales superiores estaban ausentes ó enfermos. El mayor *Wardell* debia reemplazarle durante este tiempo á la cabeza del 9.º regimiento de infantería indígena.

Como lo habia previsto Fitzmoor, las nuevas medidas adoptadas por el general Ckadoc sobre la policia militar exasperaron á los cipayos. No hubo resistencia sin embargo, pero cundió en las filas un espíritu de insubordinacion que hizo necesarios algunos severos castigos. Para un hombre tan observador y tan al corriente del carácter indio co-

mo Fitzmoor era evidente que reinaba un sordo descontento entre los *rajpoots* y los mahratas. Habló de ello al mayor; pero este último procedia de un regimiento compuesto de soldados del bajo Bengala. No conocia la diferencia que existe entre los bengalís muelles y afeminados y los orgullosos *rajpoots* y los turbulentos mahratas. Recibió bastante mal los avisos del capitán y le dijo con tono de descontento, que se alarmaba demasiado pronto y se propasaba á dar consejo á sus gefes. Como Fitzmoor no podia citar ningun hecho cierto en apoyo de sus temores, que no eran sino casi presentimientos, no respondió nada y se retiró.

Bueno es decir tambien que el mayor Wardell no se hallaba muy dispuesto á favor del capitán, y véase aquí la causa. Habia notado la rivalidad que existia entre Fitzmoor y Jorge Thompson con motivo de sus amores con miss Mac-Slane. El padre de Jorge gozaba de una grande influencia con el gobernador y el gobierno supremo. El mayor no ignoraba todo el afecto que sir Thompson profesaba á su hijo y lo dispuesto que se hallaba á proteger los amores de este último. Wardell, deseaba obtener un destino civil para rehacer su fortuna, un poco mal parada por la vida ruinosa de la India. Era además un hombre de placer mas que un verdadero militar: así se hallaba un poco celoso de la superioridad del capitán Fitzmoor, superioridad que no confesaba, pero que conocia en su interior.

Desde la llegada de Thompson la lucha se habia establecido en efecto entre este último y el capitán Fitzmoor con motivo de obsequiar á miss Mac-Slane. Pocos puntos hay en que se repare y se haga mas conjeturas que en las ciudades indianas de guarnicion, donde se pasa el tiempo tan lentamente y sin tener nada en que ocuparse y distraerse. Por muy dueño de sí que fuese el capitán, habia dejado traslucir su inclinacion á Vilhelmina. Por otra parte la jóven le trataba con particularísima distincion. Como sabia que era tímido y receloso buscaba todas las ocasiones de probarle su amistad y mostrarle el aprecio que hacia de sus nobles cualidades. Fitzmoor le estaba profundamente reconocido; pero modesto y lleno de desconfianza temia siempre engañarse en favor suyo.

La insistencia de Thompson molestaba mucho al pobre capitán.

Poco diestro en conocer los síntomas del corazón interpretaba del modo mas desfavorable á él la manera con que miss Mac-Slane recibia los obsequios del lindo teniente. Al verlos reir y hablar juntos hallaba que miss Mac-Slane, recibia con mas placer y alegría á Thompson que á él.

—Por mí no siente mas que agradecimiento, se decia á sí mismo, veo con frecuencia que parece que se fastidia á mi lado. Nada me dice, y parece toda absorta en sí misma. Con él al contrario, habla siempre y muy alegremente.

Las observaciones del capitán eran verdaderas, pero las consecuencias que de ellas sacaba enteramente falsas.

Preciso es confesar sin embargo que habia su poco de coquetería en la conducta de miss Mac-Slane con Jorge Thompson.

Este último era el oficial mas brillante de la guarnicion. Gracias á su fortuna, á su nombre y á la elevada posicion de su padre, luchaba ventajosamente contra los oficiales del ejército real. Buen caballero, excelente bailarín, é intrépido cazador, estaba á la cabeza de los elegantes de Bellora. Uno se exagera siempre la importancia de las ventajas de que

se ve privado, y así Fitzmoor se juzgaba muy inferior á su rival para agradar á miss Mac-Slane.

Vilhelmina únicamente hubiera podido tranquilizarle, pero esto era muy difícil para una jóven, sobre todo con un hombre como Fitzmoor que tomaba todas las acciones de miss Mac-Slane por pruebas de aprecio y aun de amor á su rival.

Por otra parte, á pesar del cambio que su carácter hacia algunos meses había tenido, Vilhelmina no podía evitar un poco de coquetería. ¿Cómo no le había de finsonjear que le hiciese la corte un caballero tan cumplido y elegante como Thompson? ¿Cómo resistir al deseo de probar su imperio arrebatando el lindo teniente á las otras damas que con tanto interés le miraban? Además; ¡era Thompson tan alegre, tan complaciente, tan divertido!

Cuando despues de una animada conversacion con Thompson echaba de ver el pesar de Fitzmoor, se arrepentia de su coquetería. Trataba entonces de consolar al capitán sacrificándole su rival, pero, Fitzmoor, como hemos dicho, no comprendia el verdadero móvil de las acciones de la jóven. Como jamás se quejaba, padecía en silencio, y Vilhelmina no podía justificarse, y decirle muchas cosas que voluntariamente se hubiesen escapado de sus labios.

Una noche de baile en casa del mayor Wardell, bailaba Vilhelmina con Thompson. Contábase éste algunas anécdotas picantes que le divertían mucho, Fitzmoor, á quien no había visto entrar, la estaba mirando desde lejos. Gracias á sus celos que todo se lo hacían ver al revés, se afligió mucho al ver la atención con que miss Mac-Slane trataba á su pareja. Conociendo que era incapáz de ocultar lo que sentía, se retiró del salón y se marchó de la casa. Mas de dos horas anduvo vagando errante por las calles de Bellora devorado de pena y de celos. En el momento en que al fin se disponia á volver al baile, encontró un grupo formado de cinco ó seis indígenas entre los que le pareció reconocer á Gopaul-Radanauh, y al fakir Mokerge. Adelantóse hacia ellos, pero los indígenas se separaron, y se ocultaron perdiéndose en la oscuridad. Un poco mas lejos volvió á encontrar Fitzmoor otro grupo que se dispersó de la misma manera.

Tornó preocupado y receloso á la casa del mayor y volvió á entrar en el salón del baile. Vilhelmina, que hacia tiempo le buscaba con los ojos le vió entrar, pero volvió al punto la cabeza. Apenas le devolvió su saludo. La vispera le había prometido bailar con el una contradanza. Acababan de bailarla y Fitzmoor no se había presentado allí. Esto había ofendido y ajado el amor propio de la jóven. En el momento en que Fitzmoor abria la boca para disculparse de su ausencia, vino Thompson á buscar á miss Mac-Slane para el cotillon. Inmediatamente se agarró del brazo del teniente, é hizo un ceremonioso saludo al capitán.

Aburrido Fitzmoor, se colocó en un rincón del salón, jurando abandonar el baile antes de cinco minutos. Media hora despues todavía se hallaba allí el pobre mozo. Tan sombrío era su aire, que se conmovió Vilhelmina. Fué á buscarle para una de las figuras.

—No walso, la respondió con tristeza.

—Venid, sin embargo, replicó, mientras los demás hacen la figura, nosotros hablaremos. Estoy muy incomodada.

—¿Conmigo?

—Si, señor, ¡Olvidar la contradanza que yo os había

prometido! ¿podreis decirme, si gustais, dónde habeis estado?

—Velando por vuestra seguridad, respondió Fitzmoor clavando sobre la jóven su dulce y triste mirada.

Estas palabras recordaron de pronto á Vilhelmina la respuesta que la había dado el capitán el día en que los dos se habían reconciliado al principio del viage. Otros mil recuerdos asaltaron también al mismo tiempo al corazón de la jóven. Olvidó en un momento su mal humor para no pensar sino en la adhesión y profundo afecto del valiente capitán.

—Debiera haberlo pensando así, dijo con viveza, pero no soy tan ingrata, como tal vez me creéis en este momento. Mucho me ha apesadumbrado vuestra ausencia. Por eso os he recibido con un poco de despego. No estais enfadado conmigo, ¿no es verdad?

—Jamás me he enfadado con vos, señorita.

—Haceis muy mal, interrumpió la jóven con impaciencia: mi mal humor no tenia sentido comun, y debiais enfadaros. Estoy segura que me juzgais muy mal.

—¡Yó! ¡gran Dios!

—Si, señor: me tomáis por una ingrata, por una coqueta. Pues bien, no soy ni lo uno ni lo otro. Esto me causa tanta mas pena, cuanto que sois la única persona cuyo aprecio y estimación, me interesa merecer.

Por un movimiento irreflexivo mas fuerte que la voluntad, miró Fitzmoor á Thompson que pasaba walsando cerca de ellos. Vilhelmina siguió la dirección de su mirada.

—¡Y bien! si, dijo con viveza respondiendo así al no formulado pensamiento del capitán, si, la única, ¿lo ois, capitán? la única, os lo juro.... Veo en vuestro rostro que lo dudais. Pues bien, si quereis voy á decir ahora mismo á Thompson que estoy fatigada, y no volveré á bailar más. ¿Esto os convenzará al fin, señor incrédulo?

Dijo esto riendo, empero una lágrima brilló en sus lindos ojos azules. Aquella lágrima hizo mas que todas las palabras del mundo para persuadir al capitán.

—Sois un ángel de bondad, la dijo Fitzmoor.... pero esto sería notado, añadió con dulzura, y pagaría muy caro este momento de felicidad si arriesgase el causaros el menor disgusto. Además, yo voy á marcharme del baile.

—¿Os marcháis? dijo fijando una inquieta mirada sobre el capitán. ¿Dónde vais? Estoy segura de que temeis algún peligro.

Al ir á responderla volvió Thompson á buscar su pareja. Esta echó sobre Fitzmoor una última mirada que parecía renovar su promesa de no volver á bailar mas. Rehusó todavía el capitán con una sonrisa llena de amor y agradecimiento, y salió inmediatamente, para ir al cuartel de los cipayos.

IX.

A LA MAÑANA SIGUIENTE.

Una media hora á lo mas despues de su partida resonó de repente en la casa del mayor que parecía que iba á venirse á abajo, un horroroso estruendo. Los criados acudieron á la sala del baile dando gritos de terror. Oyéronse tiros en el patio, y aun en la escalera. Despues de pronto separando con la mano á los criados que huyeron en desorden el fakir Nanna-Mokerge apareció cual un espectro á

la puerta del salón. Era horrible verlo desnudo como un gusano, cubierto de lodo y de sangre, y erizados los cabellos, y con los ojos saltando de su órbita. Estendió su descarnado brazo sobre los aterrados bailarines dando un frenético grito de furor y de maldición. En el mismo instante desembocaron detrás de él un centenar de cipayos armados de fusiles, de sables y de lanzas, dando aullidos cual bestias feroces.

A su cabeza estaba Gopaul Radanauth.

Penetraban otros cipayos al mismo tiempo en el salón, los unos por los balcones, los otros por el comedor.

En el momento en que invadían así la morada del mayor, oyéronse muchas descargas de artillería. Un destacamento de soldados indígenas acababa de volver los cañones de la plaza contra un cuartel en que se hallaba encerrado el regimiento del ejército real.

En un abrir y cerrar de ojos quedó convertido el salón de baile en un teatro de horrible carnicería. Aunque sus enemigos eran veinte veces superiores en número, los oficiales se defendieron con la mayor bizarría. Algunas mujeres habían logrado refugiarse en un rincón del salón. Los hombres formaron con sus cuerpos una muralla para defenderlas, pero á cada instante caía algún europeo atravesado por las balas ó las bayonetas de los cipayos. Los que habían tratado de huir habían sido asesinados en la escalera, ó en la calle.

Disminuíanse cada vez mas las filas de los europeos. De doscientas personas, tal vez que habria en el baile, apenas quedaban treinta. Entre ellas se encontraban Vilhelmina, su tía, su tío, Thompson, el mayor Wardell, y cuatro damas europeas. Thompson, se había colocado delante de miss Mac-Slane, y la defendía heroicamente. Miss Cavendich conociendo la terrible suerte que los indios reservan á las mujeres que caen en su poder, había hecho jurar á su marido que la mataría cuando perdiese toda esperanza de salvarse. Vilhelmina había hecho igual petición á su tío.

De repente se oyó en la calle una descarga cerrada de fusilería, hecha con la uniformidad y regularidad que precisan las maniobras de la infantería inglesa.

—¡Mis soldados! ¡Nos hemos salvado! exclamó con alegría Cavendich.

En el mismo instante una voz imponente dominó el tumulto y dió la señal de cargar. En un momento los cipayos que se hallaban en el salón fueron rechazados por las bayonetas de un peloton de soldados europeos, que avanzaban en buen orden tocando codo con codo, y como en una parada. Marchaba á su cabeza Fitzmoor. A la primera ojeada descubrió á Vilhelmina que agitaba su pañuelo. Lanzóse como un tigre sobre los cipayos que le cerraban el paso. Electrizados con su ejemplo los soldados le siguieron con impetuosidad. Arrollados por aquel irresistible movimiento los rebeldes huyeron en todas direcciones, por las ventanas y las piezas de la casa. Gopaul, que en vano había intentado avanzar hasta donde estaba miss Mac-Slane, disparó un tiro al capitán, pero le erró. Entonces se lanzó sobre el balcon y saltando á la calle huyó con los demás.

—¿No estais herida? Preguntó el capitán á miss Mac-Slane que le alargó la mano y le tranquilizó con un gesto.

Cavendich quiso dirigir algunas preguntas al joven oficial, pero Fitzmoor le interrumpió inmediatamente.

—Tengo conmigo unos treinta hombres, dijo, es probablemente todo cuanto queda de vuestro desgraciado regimiento. La ciudad entera está sublevada. Es preciso dejarla lo mas pronto posible. Coloquemos las mugeres y los ancianos en medio, y ganemos el campo.

Al llegar al pie de la escalera cubierta de cadáveres y de sangre, se contaron los europeos antes de salir á la calle. No eran mas que catorce, además de los veinte y cinco hombres de Fitzmoor. Pusieron en camino. Marchando retiró el capitán al mayor Cavendich, que al oír los primeros tiros había corrido al cuartel del regimiento europeo. Encontrándolo allí ya cercado, y no pudiendo penetrar en él, había ido á la guardia del principal de la plaza donde había tenido la suerte de encontrar los veinte y cinco hombres que se colocaban allí todas las noches.

A mitad del camino de la muralla Cavendich dijo en voz baja á Fitzmoor, que iba á dirigirse hácia el cuartel de su regimiento. Todas las súplicas del capitán y todos los ruegos de los que allí estaban, no lograron apartar al coronel de su propósito, á pesar de las instancias de su esposa.

—Es mi deber, respondia simplemente á todas las objeciones de sus amigos.

Se arrancó de los brazos de su desolada esposa, abrazó á su sobrina y se alejó con un oficial de su regimiento. Durante este tiempo los fugitivos se apresuraban á llegar á las murallas. Desgraciadamente no tardaron en ser perseguidos. Continuaron, sin embargo, retirándose en buen orden. Un poco antes de llegar á las murallas se replegaron precipitadamente dos oficiales que marchaban á vanguardia. Anunciaron que una banda de doscientos á trescientos cipayos les cortaban el camino. Fitzmoor, que marchaba á la retaguardia, había oído por su lado el ruido de otra tropa de cipayos que corría en su persecucion. Ya comenzaba el tiroteo, los desgraciados europeos se hallaban cogidos entre dos fuegos.

—No hay mas que un medio de salvarnos, dijo Fitzmoor. Estamos á dos pasos de una de las puertas de la ciudad, la de Arcot. Subamos sobre la plataforma: está abovedada. Allí podremos defendernos algun tiempo todavía, y sobre todo aguardar á que amanezca.

En la crítica situación en que se hallaban los desgraciados europeos, este era casi el único partido que pudo tomarse. Un cuarto de hora despues se hallaban reunidos los fugitivos sobre la plataforma.

Allí volvieron á contarse. Habían perdido cinco hombres en el camino. El mayor Wardell había sido muerto al salir de su casa. No quedaba ninguno de los oficiales superiores: los habían asesinado ora en casa del mayor, ora en su alojamiento. El mando recayó en el capitán Fitzmoor, pero en vano lo buscaron. No había vuelto á entrar con sus compatriotas. ¿Había muerto, se hallaba prisionero? ¿Se había refugiado en alguna otra casa? Nadie sabía nada. Un soldado dijo, que el capitán había llegado hasta la puerta y que allí había desaparecido.

—¡Ha muerto! se dijo á sí misma miss Mac-Slane.

A este pensamiento sintió la joven tal vacío en su corazón que comprendió toda la parte que Fitzmoor ocupaba en su vida. Si no hubiera tenido á su tía á quien consolar, se hubiera metido en un rincón y hubiera esperado la muerte sin hacer nada para evitarla.

Tres horas se pasaron de desesperacion y de angustia.

Los cipayos habian rodeado la puerta escepto por el lado de la muralla, por el que era inaccesible. Únicamente no sabiendo á punto fijo con cuantos enemigos tenian que háberse las, no se aventuraban á atacarlos en la oscuridad. Contentábanse con disparar de tiempo en tiempo algunos tiros contra la plataforma. No hubo mas herido que un soldado inglés. Los europeos no les contestaban guardando preciosamente las pocas municiones que les quedaban todavía. La inspeccion de las cartucheras comprobó que cada soldado no tenia mas que cuatro cartuchos. Carecian tambien de provisiones. El porvenir se presentaba bajo los mas sombríos colores.

Exasperado con esta horrible situacion un oficial del ejército real, se puso á maldecir al capitán y á decir mil tempestades por que los habian llevado á la plataforma.

—Mas hubiera valido abrirse paso, dijo, al menos tendríamos alguna probabilidad de escaparnos.

Como sucede siempre en semejante circunstancias, muchas gentes hicieron coro á estas murmuraciones. Hasta hubo uno que añadió:

—Y despues de habernos colocado en esta desesperada posicion, el capitán ha huido abandonándonos.

A estas palabras levantóse por una impulsión mas fuerte que su voluntad Vilhelmina, con ojo encendido defendió al capitán y reconvino al que acababa de hablar por su ingratitude y por su injusticia.

—Todos, en tanto que estamos aquí, debemos la vida al capitán Fitzmoor, dijo el jóven. El es el que nos ha salvado.....

No pudo concluir. Su vez se apagó en las lágrimas, empero reprimió sus sollozos.

Thompson, tomó calorosamente el partido de Fitzmoor. Esto era tanto mas generoso de su parte, cuanto que habia comenzado á ver que el capitán le habia arrebatado el corazón de miss Mac-Slane. Esta, le dió las gracias con efusion por sus nobles y calorosas espresiones en favor de Fitzmoor.

Casi al mismo tiempo vino á rodar en medio de los europeos agrupados sobre la plataforma una piedra lanzada por una vigorosa mano. Un soldado la recogió.

—Hay aquí un papel atado á la piedra... y una cuerda, añadió.

—¡Una carta! exclamó Vilhelmina que estaba pensando en el capitán Fitzmoor.

Uno de los oficiales tenia un fósforo. Encendió un pedazo de papel que se metió en el chaco de un soldado para que la luz no sirviese de punto de mira ó blanco á los sitiadores. A su efímero resplandor se leyeron las palabras siguientes trazadas con lápiz sobre el papel que envolvía la piedra.

«Somos siete que nos hallamos sobre una rada al pie de la puerta. Tirad hácia vos de la cuerda atada á la piedra. Con ella podreis subir escalas. Atadla sólidamente en el extremo de una tronera. Nos valdremos de ella para subir hasta vos. Traigo conmigo un amigo que creíamos perdido para nosotros. Preparad á su muger para que no le perjudique la alegría de volver á ver al mayor. Y vedad por vuestra seguridad.»

Estas palabras estaban tan bien subrayadas. Vilhelmina comprendió únicamente el motivo.

Tenian para ella dulces recuerdos. Vilhelmina conoció

que el capitán las habia puesto á propósito para ella, para probarla que su pensamiento la seguia por todas partes.

Debajo del billete se hallaban estas palabras trazadas en la oscuridad como todas las demás, pero mas precipitadamente todavía.

«Daos prisa, nos persiguen.»

X.

EL SITIO DE LA PLATAFORMA.

Cada cual se puso á trabajar, algunos tiros disparados desde las murallas y dirigidos sobre los fosos, activaron todavía los esfuerzos de los sitiados. En menos de cinco minutos los siete europeos se hallaban al lado de sus compatriotas.

Entre ellos se hallaban el mayor Cavendish, dos ayudantes mayores, un teniente del ejército real, un abanderado y un soldado, Fitzmoor que subió el último, completaba el número siete. Desgraciadamente el teniente y el soldado, habian sido gravemente heridos, el uno en el transito y el otro en el momento de tocar á la cima de la plataforma. El segundo sucumbió al cabo de algunas horas. En cuanto al teniente quedó incapacitado de hacer servicio alguno para defender á los sitiados.

Todos venian cargados de víveres. Fitzmoor, Cavendish y el abanderado, llevaban además una gran cantidad de municiones.

Mientras Cavendish abrazaba á su muger y á su sobrina, todo el mundo abrumaba á preguntas á Fitzmoor: contó éste entonces lo que habia hecho, pero sus compañeros se vieron obligados muchas veces á completar su relacion, porque con su habitual modestia pasaba en silencio las circunstancias que mas honor le hacian.

Al salir del baile, en el momento en que sus amigos subian la escalera que llevaba á la plataforma, habia pensado Fitzmoor, en que les faltaban víveres y municiones. Se habia dirigido á toda prisa hacia el arsenal. Los cipayos lo habian saqueado ya. Sin embargo, á fuerza de andar rebuscando habia logrado el capitán reunir algunos cartuchos, pólvora, seis pistolas y dos fusiles. Habia ocultado estos diversos objetos bajo un monton de piedras. Despues se habia disfrazado con el uniforme de un cipayo cuyo cadáver habia encontrado en el patio del arsenal, que algunos soldados europeos habian defendido por mucho tiempo contra los rebeldes.

Bajo este disfráz el capitán, que hablaba muy bien el *indostan* y el *canarezo*, habia podido, gracias á la oscuridad, circular sin peligro en las calles de Bellora. Pensando que si llegaba á haber entre los sitiados personas enfermas ó heridas no podría cuidarlas, corrió al hospital Fitzmoor donde esperaba encontrar algunas provisiones. En el momento en que entraba en el patio de aquel establecimiento, dos europeos engañados por su trage estuvieron á punto de matarlo. Aquellos europeos, que eran los dos ayudantes mayores, habian afortunadamente reconocido su error, gracias á la serenidad y sangre fria del capitán.

Escondidos debajo de unos haces de leña hacia muchas horas, no sabian los pobres que iba á ser de ellos, cuando el capitán les propuso llevarlos consigo á la plataforma donde se hallaban reunidos sus compañeros. Fitzmoor no dió